

Guy Debord en *La sociedad del espectáculo* (Paris: Gallimard, 1967) expuso la situación de una sociedad moderna presa de su propia representación, donde el significante adquiere la potencia inusitada de arrogarse una presencia que condena a la condición material que le da sentido —su significado— a un segundo plano, irónicamente imperceptible para el pasivo receptor del fenómeno representativo. Debord, aunque no indagó con el suficiente rigor histórico en la genealogía de esta *sociedad del espectáculo*, revela una lógica de lo espectacular en la disposición referencial barroca. Así, la creación de una *sociedad del espectáculo* parece responder, reconociendo un sugestivo precedente en la cultura del Barroco, a la coronación de un proceso que acompaña a la transformación en Occidente de las condiciones materiales y las redes de poder que las estructuran. La lectura del *Compendio* tal vez incite a continuar esta línea de investigación histórica, todavía joven.

Santiago Francisco Peña
Universidad de Buenos Aires

COVARRUBIAS HOROZCO, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Biblioteca Áurea Hispánica, 21. Madrid: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert-Real Academia Española-Centro para la Edición de Clásicos Españoles, 2006. LXVI+1639 pp. + DVD (ISBN: 84-8489-074-0).

Sebastián de Covarrubias Horozco (1539-1613), licenciado en Teología por Salamanca, sacerdote, capellán de Felipe II y canónigo de la catedral de Cuenca, perteneció a una familia de hombres de letras. Su fama reside, aunque no exclusivamente, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), primer diccionario monolingüe de nuestra lengua, a la que todavía hoy algunos, según el lugar donde la hablen, niegan uno u otro de esos nombres. No existe hoy estudioso de nuestra literatura clásica que no conozca este monumento o ignore su incalculable valor a la hora de comprender e iluminar los textos áureos. Toda edición anotada con rigor científico acude en primer lugar a este diccionario para aclarar el significado que las palabras tenían a principios del XVII y para conocer el rico mundillo de refranes, anécdotas y etimologías que recoge el canónigo. El diccionario ha conocido buenas ediciones, particularmente la de Martín de Riquer, de 1943, que ha causado alguna que otra confusión al creer más de uno que se trataba de una edición facsimilar, cuando se trata simplemente de una edición que imita, en su tipografía, las antiguas; esta edición ha sido reeditada en numerosas ocasiones y en otras pirateada, como es el caso de la edición de Turner, de 1977, que elimina el estudio preliminar del editor, así como su nombre, pero no el útil índice de voces final con el que Riquer consiguió poner en orden alfabético voces y refranes que aparecen de manera más o menos aleatoria en el original. Covarrubias preparó, simultaneándolo con la redacción de su *Tesoro*, un *Suplemento* que dejó aparentemente inconcluso y manuscrito de su

puño y letra. El código donde se conserva no es completamente desconocido de los estudiosos y fue publicado recientemente por Dopico y Lezra (2001).

La edición objeto de esta reseña tiene, entre sus muchas virtudes, la de unir por primera vez en un solo volumen coherente el *Tesoro* de 1611 y el *Suplemento* manuscrito, después de explicar de forma convincente cómo Covarrubias concibió ambas obras como un todo orgánico. A ello se refiere el subtítulo “edición integral” que aparece en la portada de este elegante volumen, fruto de la colaboración de un equipo integrado fundamentalmente por el Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra, dirigido por Ignacio Arellano, pero en el que no faltan expertos en lenguas clásicas y hebreo y especialistas de otras universidades. No es este el momento de recordar la monumental labor que el GRISO lleva desarrollando desde hace ya dos décadas en la recuperación, limpieza, restauración y estudio de nuestra literatura del Siglo de Oro, particularmente en lo que se refiere a la obra de Francisco de Quevedo, Calderón de la Barca y Tirso de Molina, sin olvidar a otras figuras de mayor o menor importancia, así como la dimensión americana o transatlántica de esta literatura. En el marco de esa labor aparece este volumen.

Las virtudes de esta edición, insisto, son muchas, empezando por los dos magníficos prólogos que la arropan. El primero, obra de Ignacio Arellano (XIII-XLIII) es una explicación de los criterios de edición, una “aguja de marear” para el usuario del volumen, como dice su autor. Pero es mucho más que eso.

Hay también aquí un repaso de la trasmisión textual del diccionario y una valoración de las ediciones anteriores que sirve para que el lector pueda calibrar mejor las novedades que ofrece el tomo que tiene entre manos. Como texto base toman los editores el de la *princeps* de 1611, de la que han cotejado varios ejemplares en Tudela y Madrid. De la nueva edición con añadidos de Benito Remigio Noydens (1674) los editores han publicado los añadidos como apéndice (1563-1612), en vez de incluirlos en el cuerpo de las entradas del diccionario, como nos tenía acostumbrados la edición de Martín de Riquer. Esta última, de 1943, es ponderada y alabada en su justa medida (“en conjunto la edición de Riquer es excelente”, xviii). Finalmente el *Tesoro* fue publicado por última vez por Maldonado (1994); entre las ventajas de su edición se cuenta la modernización de las grafías, pero, entre sus desventajas se encuentra el hecho de que se basa en la de Riquer, no en la *princeps*, y de que tiene abundantes erratas, todas ellas cuidadosamente subsanadas en esta nueva edición.

Del *Suplemento* utilizan Arellano y Zafra como texto base el manuscrito autógrafo inconcluso de la Biblioteca Nacional, y se coteja con una copia manuscrita incompleta en la Real Academia y con la edición de Dopico y Lezra de 2001.

A continuación Arellano expone los dos criterios fundamentales de edición, íntimamente ligados. El primero es la modernización de grafías, cosa que solo la edición de Maldonado había hecho. La modernización se hace con un método filológico riguroso en el sentido de que solo se modernizan grafías que no tenían valor fonológico a principios del siglo xvii. El segundo criterio es la conservación de la estruc-

tura del *Tesoro*, construido de forma asociativa y divagatoria, sin seguir necesariamente un orden alfabético, por lo que la ordenación de las entradas constituye un auténtico reto para el editor. La *princeps* tiene abundantes errores en cuanto a integraciones falsas de unas entradas en otras, por descuidos de imprenta; además, hay incoherencia y duplicados entre grafía y posición, por lo que imponer un orden respetando las grafías y colocaciones de la *princeps* no es posible. Los editores optan, pues, por modernizar y colocar las entradas por orden alfabético. Por lo tanto la modernización no es una mera tarea mecánica, sino una operación filológica cuidadosamente meditada y que, en el caso del *Tesoro*, no solo facilita su lectura al lector moderno, sino que permite unificar y ordenar las entradas del diccionario. Además, con prudencia y buen criterio, los editores mantienen las grafías antiguas con una marca de remisión a la moderna, ya que al tratarse de un diccionario, pueden tener interés para el filólogo.

El problema de la delimitación de las entradas o cabezas de artículo ocupa el final de este prólogo, en el que Arellano termina reconociendo que es un problema insoluble, como lo es el intentar localizar un término que no tiene entrada autónoma o que está integrado en una voz poco previsible para el lector. Para esos casos, para los que Riquer había creado su ya clásico índice de voces, esta edición ofrece un DVD con el texto en versión digital y el facsímil del *Tesoro* y el *Suplemento*, que pueden ser de gran ayuda al investigador.

El segundo prólogo, obra de Dominique Reyre (XLV-LXVI), es un ensayo que ofrece al lector algunas “llaves” para abrir este “tesoro” que tenemos entre manos, es decir, claves de lectura del diccionario. Comienza trazando una breve biografía de Covarrubias, de su *Tesoro*, comenzado en 1605 y redactado en un tiempo récord de cinco años, y de su *Suplemento*, escrito simultáneamente, con el que Covarrubias no solo completa datos sino que lo usa “como un instrumento de relectura de su *Tesoro*, enmendando y corrigiendo cosas [...] y tomando en cuenta las críticas que se habían hecho al *Tesoro*” (XLVII-XLVIII). El *Tesoro*, dedicado a Felipe III, es tanto un diccionario como un libro de etimologías, donde se enseña “la verdad de las cosas y los arcanos del universo” (XLIX). Es esta la primera clave interpretativa que nos ofrece Reyre: la etimologías de Covarrubias no están basadas en la evolución diacrónica de la lengua, sino en “aproximaciones sonoras y paronomásticas” (L) que confunden las voces y las cosas; Covarrubias es, además, un filohebraísta que defiende los orígenes hebreos del castellano, lo cual eleva el estatuto del castellano y lo vincula con el afán hegemónico del imperio. La segunda clave es la exegética. El *Tesoro* está lleno de exégesis bíblica, según el método, aprendido en Salamanca, de averiguar el significado de las palabras “cotejando las diversas traducciones de los versículos” (LIII); es decir, en la tradición de las Biblias políglotas y de Arias Montano. Reyre explica muy bien, sin embargo, que la época en la que estudió Covarrubias era de conflictos entre helenistas y hebraístas que culminan con fray Luis y Arias Montano acusados ante la Inquisición por judaizantes, por eso Covarrubias es prudente en el manejo de fuentes hebreas y acepta la supremacía de la Vulgata. En la

tercera clave, la teológica, Reyre explica cómo la concepción teológica del mundo lleva a Covarrubias a marginar “en total conformidad con el ideario de la época” (LV) a herejes, luteranos, calvinistas, moros, moriscos y, sobre todo, judíos. La última llave es la enciclopédica, con la que Reyre explica el afán de saber total de la obra de Covarrubias en el contexto de una época en la que hacía falta recopilar todas las opiniones de las autoridades para argumentar sobre un tema.

Reyre concluye su sugerente prólogo con una atractiva invitación a “leer” más que a “consultar” este *Tesoro*. Ya mencioné arriba la importancia fundamental que Covarrubias tiene para la anotación de los textos clásicos españoles. Todo aquel que lo haya consultado ha podido apreciar, además, de forma intuitiva, la amenidad y el placer intrínseco del texto del canónigo conquense, más allá de su valor como comprobante científico del significado de una palabra. Reyre anima a leer de corrido estas más de mil seiscientas páginas, dando ejemplo con una “lectura” de la entrada “judío”. A esta le dedica Covarrubias varios folios de su *Suplemento*, en los que defiende su expulsión en 1492 y denuncia el peligro que supone para España el regreso de los judíos portugueses tras la anexión, actuando así, según Reyre, “como el defensor de la Iglesia de España” (LVI). Concluye Reyre su personal lectura preguntándose “hasta qué punto la lexicalización de los tópicos discriminatorios en el primer diccionario monolingüe español pudo favorecer su transmisión a las generaciones ulteriores y su funcionamiento en el imaginario colectivo” (LVI).

Coronan esta edición del Covarrubias, que supera con creces a todas las anteriores, un nutrido grupo de agradables ilustraciones, incluidos abundantes emblemas, que eran tan del gusto de Covarrubias, autor de unos *Emblemas morales* (1610) y de su mundo; se incluye también un “Repertorio” de estas ilustraciones (1613-1639).

Concluyo con la tarea de enmendar con caridad y advertir para otra impresión los pocos errores observados en esta edición: el estudio de Bayliss *A critical edition of selections from the original manuscript* se cita con la errata *manuscrit* (sic) dos veces (xxv y LXI); la biografía de Covarrubias publicada por González Palencia en 1925 aparece fechada, por error, en 1942 (XLVI); además, desgraciadamente, el DVD no se puede instalar en los ordenadores Macintosh con sistema operativo Mac OS X.

Fernando Plata
Colgate University, Hamilton, Nueva York. EE. UU.

BENAVENTE, Jacinto. *Comedias y dramas*. Ed. Luis Tomás González del Valle y José Manuel Pareiro Otero. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2007. 911 pp. (ISBN: 978-84-96452-39-8)

Constituye el volumen que reseño el primero de una trilogía de “dramas y comedias” de Jacinto Benavente donde se recogen 18 de sus piezas teatrales. Le seguirán, si se cumple el proyecto editorial, otros dos volúmenes con 15 y 14 piezas respectivamente. Es decir, una cumplida aunque no exhaustiva antología del dramaturgo español más